TRIÁNGULO ESCALENO

ISABEL VALVERDE

TRIÁNGULO ESCALENO

Isabel Valverde Vírseda

Triángulo escaleno

Liber Factory

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2013 TRIÁNGULO ESCALENO
© Isabel Valverde Vírseda
virsedaval@yahoo.es
© Editorial Liber Factory
Calle San Benito, 21, Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.liberfactory.com
Liber Factory es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9949-249-0
Descargado de: www.visionlibros.com

Diseño de la cubierta: Daniel Pinillos Valverde
dpinillosv@yahoo.com

Disponible en papel y ebook
www.vnetdistribuciones .com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:
subscripción@visionnet.es

Se advierte que ha durado porque cesa.
J. L. Sampedro

Quiero hacer contigo
lo que la primavera hace con los cerezos.
P. Neruda

Para todos mis amigos,
ellos saben quienes son.

primavera

Alonso

Voyeur: Dícese de la persona aficionada a espiar o mirar a otros en actitudes íntimas o eróticas para excitarse sexualmente.

No creo que el impulso que me ha llevado a buscar en Google el significado exacto de *voyeur* se corresponda directamente con mi afinidad hacia dicho concepto. Sin embargo, una excesiva curiosidad, en ocasiones un tanto morbosas, me lleva a poner en valor la importancia de los mensajes que me envía el subconsciente, alertándome al respecto, y produciéndome una molesta sensación por el temor a identificarme, de cierto modo, con alguna clase de *voyeurismo*, porque la lógica me dice que en esto, como en todo, ha de haber grados que marquen la intensidad de la inclinación que lleva al mirón a poner en práctica su tendencia.

Elegida entre muchas la definición de *voyeur* que me parece más precisa, me sitúo, con toda la honestidad de que soy capaz, frente a las palabras que dan sentido al término en cuestión y me digo a mí mismo que, a pesar de esa vaga sospecha, reconocida por ser recurrente, no encajo con exactitud, al menos no en su totalidad, con la descripción de *voyeur*, básicamente por no ser consciente de buscar satisfacción sexual en esa práctica.

El morbo que me produce observar ciertas situaciones, protagonizadas por semejantes, raya con una patología que podrá ser más o menos grave.

Así, puedo perder un precioso tiempo siguiendo a un personaje (preferentemente femenino) que se cruce en mi camino, cualquier día, porque mi delirante imaginación me lleve a creer que promete una pequeña fracción de una gran historia.

El hecho de haber descubierto de esa manera algunos robos, ciertas extorsiones o bonitos finales amorosos y pasionales, me hace pensar que poseo la condición más preciada para ser un buen detective o un excelente espía. De lo que puede deducirse que equivoqué la carre-

ra profesional ya que trabajo en una galería de arte cuya propiedad comparto con mi socio.

Caigo en la cuenta, ahora que trato de calificarme en mi otra ocupación preferida, de que es altamente probable que la minuciosa observación que ejerzo por mis alrededores me haya llevado a la satisfacción compartida de admirar las manifestaciones artísticas, motivo por el cual dedico la mayor parte del tiempo a tratar con pintores, fotógrafos y escultores, algunos de los cuales exponen sus obras en mi local.

La historia que ahora me traigo entre manos me obsesiona de tal manera que temo implicarme demasiado. Nada que ver con esos pequeños destellos que parecen aportan luz a seres anónimos que me rodean y que apenas si restan unos minutos a mis quehaceres cotidianos. Son ya varios días los que finjo indiferencia, con la pretensión de no ser descubierto, ante una pareja que apareció, mágicamente, en mi camino; digo mágicamente y aumenta el grado de preocupación ante mi comportamiento.

Mi camino es el circuito por el que acostumbro a correr diariamente en el parque más próximo a mi casa. Doy tres vueltas a las pistas marcadas para *footing*, y es en ese camino donde aparece por primera vez ante mi vista la pareja que despierta mi interés.

Me reconozco en una desmedida curiosidad que no sería capaz de desvelar abiertamente sin avergonzarme.

—•●•—

El primer día que los vi fue el hombre quien primero llamó mi atención. Se da la circunstancia de que va en una silla de ruedas. Recuerdo que pensé en lo terrible que sería para mí verme privado de hacer deporte si estuviese en su lugar como tantos otros.

Me fijé en él, simplemente, no aminoré la marcha. Me dio tiempo a captar su fisonomía: un hombre mayor, aparentemente en la década de los setenta, aunque es posible que su minusvalía le haga parecer de más edad.

En la siguiente vuelta al circuito volví a encontrarme con ellos: la silla era conducida por la mujer y circulaba en dirección opuesta a mis pasos. Fue entonces cuando me fijé en ella: mucho más joven, tal vez su apariencia jovial, sumada a un atuendo deportivo, restan años a su edad que calculé en torno a los cuarenta. A pesar de la diferencia de edad entre ellos, no dudé en que serían pareja y no enfermo y cuidadora, como podría haber supuesto: hay algo íntimo en ellos que se capta a simple vista.

Ella me atrapó al instante: un atractivo demasiado exclusivo para serme indiferente, y esa sensación que tengo desde entonces (hoy hace trece días del encuentro) que hace que su edad sea un detalle sin importancia, entretiene mi pensamiento sorprendiéndome a cualquier hora del día que se convierte en víspera de volver a verla.

Suelen sentarse en un banco (por decirlo de alguna manera: él permanece en su silla) a unos cuatro metros del circuito que yo recorro.

Aminoro la velocidad al acercarme a su sitio. Protegido por mis gafas oscuras les miro y agudizo el oído tratando de captar alguna palabra de su charla que parece interminable. No puedo saber el contenido de la conversación pero el tono que utilizan, la expresión dulce de ella y el gesto de él, que me atrevo a calificar de conformista, me hacen pensar que son un matrimonio bien avenido a pesar de las diferencias que aumentan en mi haber día tras día.

Son esas divergencias que por lógica aplastante pudieran separarles y que, sin embargo, no parecen existir, dado el grado de complicidad que muestran, las que han contribuido a imaginarme una historia in-

teresante que me esfuerzo por llegar a deducir con esta práctica de mi particular *voyeurismo,* o como quiera que se llame mi propensión a curiosear en otras vidas.

No me resulta difícil reconocerme íntimamente en un cotilla empedernido aunque, como ya he dicho, esto es algo que nunca admitiré públicamente, y hago esfuerzos por no hacerlo notorio para librarme de juicios incómodos.

Mis pesquisas detectivescas, en este caso como en ningún otro, empiezan a parecerse más a las prácticas de un escritor de novelas que al oficio de un espía. Me doy cuenta de que doy los pasos propios para construir historias. Puedo responder diligentemente a las primeras preguntas que constituyen una trama: ¿quiénes?, ¿qué?, ¿dónde? y ¿cómo? Selecciono acontecimientos con relación causa-efecto, orientadas al objetivo principal: la historia que, evidentemente, será una creación mía y que con toda probabilidad no se será real. Llegados a ese punto de mi razonamiento, entra en juego ese temor que me llevó esta mañana a buscar en Google el significado exacto de *voyeur*, porque no me conformaré, lo sé, con imaginar, voluntariamente o a mi pesar, la vida de esta extraña pareja que, por casualidad, apareció en mi camino un día cualquiera de esta incipiente primavera, en la que el buen tiempo y los brotes de la vegetación hacen más respirable el ambiente contaminado de Madrid e invitan a salir de casa y llenar los parques de visitantes que desean dejar atrás los días grises del pasado invierno.

—•●•—

Hoy no he podido ir al parque. Me he acostumbrado a correr todos los días y cuando el trabajo me lo impide siento como si me faltara algo.

Normalmente llego a casa a las tres, me pongo las mallas y las deportivas para cumplir con esta obligación que me impongo y que me proporciona una buena forma física.

Desde hace unos meses que terminó mi relación con Mariola, mi última pareja, vivo solo y puedo adaptar el horario a mi antojo.

Hoy no he visto a la extraña pareja del parque, como les llamo. Ellos aparecen cuando estoy en la segunda vuelta del circuito, lo que me hace pensar que aprovechan las primeras horas de las tardes primaverales para tomar el sol al aire libre, de lo que así mismo deduzco que, dadas sus circunstancias, no tendrán demasiadas obligaciones. Tal vez ella no trabaja y se dedica a cuidar de él.

Aprovecho los minutos de mi carrera para fabricar una historia posible en la que puedan encajar. Me distraigo y se pasan más rápido los treinta minutos de esfuerzo.

Lo cierto es que imagino que los conozco desde hace tiempo. Hay algo en este encuentro que ya no me parece una simple casualidad o una más de mis obsesiones por descubrir otras vidas.

Paradójicamente, este interés tan *sui generis* no me ha valido para conocer cuanto debiera a mis novias. A mis treinta y tres años son ya tres las parejas que he tenido y en todos los casos me despedí de ellas sin saber cómo eran realmente.

Dice Luiso, mi socio, que me cuesta profundizar en las relaciones y eso no deja de parecerme gracioso si tengo en cuenta mi curiosidad compulsiva, aunque sé que él lo dice porque en el fondo aspira a que yo no descarte, categóricamente, la posibilidad de cambiar mis preferencias sexuales para adaptarme a su condición de gay, opción del todo imposible que me convierte en su inalcanzable amor platónico.

Aparte de esos matices afectivo-eróticos que le provoco, y que él exhibe con la mayor naturalidad, nuestra relación laboral es perfecta y nos manejamos muy aceptablemente en este mundo de creadores que nos aporta, por el momento, un nivel de vida igualmente aceptable.

Hoy mismo hemos cerrado la fecha para una muestra de acuarelas soberbias cuya autora ya tiene un nombre en la historia de la pintura contemporánea. Ella es Marcela Ribau, una persona singular que, sin embargo, no me suscita interés más allá de su obra, y es que, afortunadamente, nunca trato de conocer la vida de mis clientes. Es una regla que sigo a rajatabla sin ningún esfuerzo: el trabajo es un compartimento estanco en mi mente en el que no admito interferencias de mi vida privada. Este logro hace que banalice el alcance de la tendencia que, a pesar de ello, provoca mi mala conciencia y me ha llevado a indagar en la red buscando connotaciones de cierto sinónimo de mirón.

—•●•—

Lo cotidiano sigue el ritmo que trato de impulsar en mis asuntos, con mayor o menor éxito, de acuerdo con las circunstancias que se van dando, pero he de reconocer que sigo con un interés máximo el hilo que voy tejiendo en la historia que estoy empeñado en desvelar y a la que, día a día, le añado un pequeño fragmento como fruto de mi concienzuda observación.

En los últimos días he aprendido gestos de ella que reproduzco en mi pensamiento cuando, en cualquier momento, me asalta el recuerdo de la vigilancia que gustosamente me he impuesto y que tengo tan asociada a los momentos de deporte que practico.

Me visto para salir a correr y ya estoy pensando en encontrarme con ellos; a veces me sorprendo preocupado por el temor de no verlos porque, razonablemente, algún día cambiarán la hora de su paseo o dejarán de ir por cualquier acontecimiento o cambio de planes. Espero, y no me siento especialmente orgulloso de poner mi esperanza al servicio de asuntos que no debieran concernirme, pero espero que para cuando cambien el hábito de acudir a nuestro parque ya pueda saber lo suficiente.

Hoy he avanzado notablemente gracias a una estrategia que parece dará resultados: una vez que termino la tercera vuelta, hago los ejercicios de estiramiento, que acostumbraba a hacer en casa, a escasos metros de donde ellos se encuentran, en el banco de al lado. Me concentro en recoger las palabras que me llegan, ahora con más nitidez, al tiempo que me desconcentro en la tarea de relajar mis músculos.

De momento no existo para ellos o al menos no dan muestras de fijarse en mí y eso me permite observarlos con tranquilidad.

Hay tantas cosas que empiezan a intrigarme... son una pareja tan atípica, ella es tan atractiva y él se muestra tan cansado que no parece darse cuenta de la vida que irradia su compañera. Por cierto, brilla su pelo al sol de una forma que me recuerda la mujer de un cuadro maravilloso, de nuestra exposición permanente: su cabellera magnífica, con vida propia, mecida por un viento casi perceptible en la pintura. La una, como la otra, de un rubio extraño, a medio camino entre el rubio claro y el pelirrojo apagado; un color nada común, un color sin

nombre (estoy acostumbrado a encontrarme colores que otros crean y que no parecen pertenecer al espectro del catálogo cromático). El color de su pelo es una de sus rarezas. Estoy expectante ante el momento en que se quite las gafas de sol, hago cábalas con el color de sus ojos.

Mueve las manos al hablar con una cadencia que se diría musical. A veces ríe, la he oído reír y lo hace con elegancia, ¡hay risas tan groseras!

Intento saber de él y ella lo ocupa todo, y lo decora, y ya no hay flores... y su edad, la que pueda tener, es apenas un detalle sin importancia.

Tal vez parezco ridículamente afectado en este caso, pero me pasa que, igual que cuando miro una obra de arte, reconozco la belleza en los detalles, mis ojos críticos y profesionales se fijan en lo que es distinto, rechazan lo ordinario en un intento por descubrir el éxito. El éxito suele estar agazapado, solo hay que saber encontrarlo (la sonrisa de la Gioconda. No es ella, es su sonrisa el enigma).

Hablaba. No sé qué cosas. Palabras. Algunas se perdían en un viento que no dejaba de parecerme antipático a pesar de rebajar, en su justa medida, la temperatura un tanto elevada de esta tarde.

Me parecían palabras que sonaban a asentimiento y reforzaban lo que decía el hombre, que me llegaban con un carácter pedagógico. ¿Profesor, tal vez? Es posible.

—Eso sí, cariño... lo sabíamos... ya pero...

—... me refería... trato de explicarte... ¿comprendes? —había hablado antes él.

No me he equivocado: eran una pareja; ella sustituía su nombre por cariño, como suelen hacer dos que están juntos.

Estar juntos, se dice ahora. Yo decía: Mariola y yo estamos juntos, y ya sabía que íbamos a separarnos.

En un momento ella (¿llegaré a saber su nombre?), le cogió la mano en un gesto muy aprendido, con la misma naturalidad que retira un mechón de su pelo, sin nombre, que oculta el perfil de su cara a intervalos.

Seguí un rato más mirando, a hurtadillas; y parecía que relajaba mis músculos después de correr.

No me había dado cuenta de que tenía hambre.

—•●•—

Me importan otras cosas, evidentemente. Tengo mi tiempo ocupado, aunque en esta época baja la intensidad de trabajo en la galería. He llegado a pensar que el buen tiempo, con la llegada de los colores más vivos, es época propicia para crear, para inventar arte, y es después, en otoño, cuando nos llegan las propuestas para exponer, pero siempre hay contactos que atender. Son las cosas de mi vida profesional. Me importan, y mucho.

Pero hay otras cosas que me ocupan, como el seguimiento que hago a la pareja del parque, y realmente no tengo argumentos convincentes ni razonables que pueda darme a mí mismo para justificarlo. Hacerlo me crea malestar, como cuando la conciencia se hace eco, repetidamente, de lo que ya sabemos que no es correcto y, sin embargo, persistimos en ello por alguna clase de satisfacción que obtenemos haciendo uso de una libertad que, en muchas ocasiones, parece manifestarse por su cuenta desoyendo nuestra propia voz.

Me digo que soy un hombre inteligente, medianamente acomodado, válido profesionalmente, y me doy cuenta de que esas características que me acompañan no concuerdan con mis deseos de saber cómo actúan los otros ante situaciones de la vida corriente que captan mi atención sin que a mi alrededor parezcan importar a nadie más: un comportamiento agresivo de algún transeúnte, la rabieta de un niño en espera de la reacción del adulto que le acompaña; una mujer determinada entrando en una tienda, que me despierta la curiosidad por saber la clase de cosas que va a comprar o si solo va a mirar, por mirar, del mismo modo que yo la miro e imagino una existencia para ella. En otras ocasiones me intriga qué pasos dará ese individuo cuando corte la comunicación del móvil después de una conversación tan inexplicable que yo, rezagado, he escuchado en un semáforo en rojo y que se me antoja determinante en su vida: te aseguro —decía aquel señor con pinta de alto ejecutivo, en la calle Velázquez— que te acordarás, espérame, en un minuto estoy ahí y verás. Me quedé con ganas de seguirle pero el deber me lo impidió: había quedado con un fotógrafo para mostrarme una colección de fotos. Eso me salvó de perder tiempo sin sentido.

Recuerdo situaciones parecidas en las que he preferido ese tipo de entretenimiento a leer un libro o ver una película interesante, pero

siempre han sido casos que, si bien he recordado después, no me han entretenido más allá del tiempo que ocupa contar una pequeña anécdota.

Ahora es otra cosa: hace ya veinte días que sigo la pista de Patricio, así le llama la mujer de quien todavía no sé su propio nombre.

Realmente es un misterio (razón de más para sentirme atrapado) que ella sea la pareja del viejo impedido. Mis cálculos los separan treinta años y su manera de relacionarse es la de cualquier pareja perfecta.

Patricio parece aceptar atenciones de la mujer a cambio de darle explicaciones que a ella parecen satisfacerle. No puedo imaginarlos, aunque lo intento, en actitud amorosa y, de ser como supongo, ella ha de tener otras compensaciones, dignas de quemar sus energías y su atractivo, junto al viejo.

Pero qué se yo de sus vidas. Doy por supuesto lo que parece y hay tantas sorpresas...

Tengo que admitir ciertas cualidades en Patricio que ella, sin duda, admira: un porte distinguido que no se ve menguado por la silla de paralítico, que parece estar pegada a su persona, ese aire de intelectual indiscutible, el cuidado personal del que, evidentemente, es ella la responsable y por qué no, las huellas de una belleza masculina que pudo hacer estragos en su tiempo, un tiempo en el que ella sería una niña pequeña incapaz de interesarse por un hombre tan mayor.

¿Qué me va a mí con esta historia? Y no hay respuesta. Pero seguiré fingiendo descansar junto a su banco por unos minutos, que cada día que pasa tienen más segundos, hasta el punto de que ya han dado muestras de mi presencia junto a ellos.

Hoy les he sonreído al llegar, a modo de saludo cortés. Patricio ha asentido con la cabeza y ella ha movido los labios sin decir, y después ha sonreído abiertamente.

Progresos...

—•●•—

Parecían no estar de acuerdo sin que por ello discutieran. Deduje que hablaban de un hijo, pero ella no es la madre:

—Tú debiste aconsejarle —decía Patricio levantando la voz por encima de lo acostumbrado.

—Nunca lo hice... tu hija... no soy...

Llegaban a mis oídos fragmentos de la conversación que me resultaba fácil recomponer: parece que él se lamentaba de no haber actuado adecuadamente con un hija, y ella no se sentía responsable porque no era competente para actuar o decir; no obstante, Patricio seguía insistiendo, de tal modo que parecía cargarle a ella con cierto peso de su conciencia. Algo había salido mal:

—Se veía... tú también lo veías... reconoce...

—...decisión suya... ¿qué podíamos hacer nosotros?

Mi imaginación llenaba los huecos que dejaban sus débiles reproches que, aún siéndolo, tenían la carga afectuosa que impregnan sus conversaciones. Son varias las opciones que barajo para responderme qué era lo que había sucedido con la hija de Patricio pero cualquiera de ellas solo sería una suposición. Él se lamentaba de lo que fuera y, en el fondo, más que amonestar a la mujer, por no haber tenido su ayuda, era como decirle: si tú hubieras intervenido eso no hubiera sucedido.

Después cambiaron radicalmente y con una facilidad sorprendente ya estaban hablando de otra cosa, parece que relacionada con unos zapatos nuevos de él. Me pregunto qué importancia tendrán unos zapatos para alguien como Patricio que no camina.

Terminé mis ejercicios. Pensaba quedarme en el banco por un rato más recibiendo la caricia del sol en la cara, pero era consciente de que hoy me había demorado demasiado y pronto ellos se darían cuenta.

Tal vez ya estén pensando en mí de una manera un tanto sospechosa: elijo ese banco y no otro cualquiera, el que está junto al suyo, bajo un pruno (de ese color increíble que tienen esos árboles y que no parece que sea el color que imaginamos para unas hojas al pensar en un árbol). Sin duda ellos escogieron ese banco para estar entre el sol y la sombra.

Ahora estoy en casa. No necesito cerrar los ojos para ver con claridad la estampa: un fondo dorado salpicado de pequeñas sombras

que juegan al claro oscuro sobre dos figuras. Son un hombre inválido cuya personalidad trasciende de la silla de ruedas sobre la que está sentado, restando importancia a las causas que lo tienen fijo, y una mujer singular que invita a imaginar el mensaje que pudieran darnos sus ojos, cubiertos por unas gafas oscuras. No puedo evitar, al evocarlo, la mirada de oficio que tienen mis ojos, como cuando contemplo un cuadro. Ellos son un cuadro, a pesar de esos elementos que impactan de una forma un tanto urbana: la silla de él y las gafas de ella.

A estas horas solía echar una cabezadita inducido por el rumor de la televisión que me adormece, pero ahora reflexiono. Nunca un cuadro se ha mantenido en mi retina de esta manera... Creo que los dos elementos detonantes son, precisamente, los que elevan mi curiosidad a estos límites.

Decididamente soy un mirón y esta certeza es la que me llevó a buscar la definición de esa palabra, tan mal vista, porque *voyeur* se ve, no se escucha.

Me conformo o me engaño, no lo sé, pero me pregunto quién no ha sentido alguna vez deseos de conocer la vida privada de alguien; sin duda, unos más que otros ante esa turbadora experiencia. Hitchcock lo sabía bien cuando hizo *La ventana indiscreta*.

Imagino que haré un descubrimiento el día que pueda ver esos ojos.

Por cierto, para más sombras, esta tarde llevaba una visera de un color rosa desvaído, del color de sus calcetines deportivos.

Me pregunto si correrá, como yo, cuando deje a Patricio en casa o si hará cualquier otro deporte. Es muy probable que, de ser así, ese sea el secreto de su elegancia natural y su ropa deportiva.

Es curioso, puedo imaginarla vestida de forma sexy. Preveo que su manera de caminar es un entrenamiento para subirse a unos zapatos con tacones de vértigo, rojos, por supuesto, y cruzar unos pasos de pasarela, tan cortos como le permita una estrechísima falda...

Me gusta mirar, sí, también lo que no veo.

—•●•—

No es que no les haya visto estos días pasados, cinco para ser exacto, es que he estado tan ocupado con los preparativos para la exposición de fotografías, las invitaciones y demás, que he caído rendido en la cama y apenas he anotado en mi haber los detalles que la extraña pareja me ha regalado para hacer progresar esta historia que me entretiene. ¿Entretiene? ¡Oh, no! Más, mucho más que eso.

No, no había mujeres con gafas negras en las fotografías, pero había cuerpos desnudos en movimiento: *body art, arte conceptual.* En realidad el fotógrafo (demasiado atractivo como para no conmocionar a Luiso) ha captado con la cámara una serie de *performances* para fijar en el tiempo esas manifestaciones artísticas que ocupan un espacio provisional y un tiempo limitado.

Lógicamente, si el artista hace que unos modelos se muestren en un espacio abierto, desnudos, como es el caso, para observar las reacciones de la gente que pasaba por el lugar, son unos pocos los que pueden ver esa manifestación. Pero Alexandro (así se llama el autor) lo fotografía y expone dos veces, la última en nuestra galería, precisamente, y mi socio ahora está como loco con el fotógrafo que parece responder a sus intenciones. Me alegro por Luiso pero es insufrible cuando liga; se enamora perdidamente, descuida su trabajo y aumenta considerablemente el mío.

Aún así, no he dejado de correr ni un solo día. Confieso que no tanto por mi adicción a quemar calorías como por no perderme el encuentro con ellos: Patricio y la mujer cuyo nombre sigue siendo una incógnita. Querida es la palabra que él utiliza para referirse a ella.

Siempre me fijo en los nombres: soy de los que opina que los nombres dan un significado a cada persona y, a veces, es el propio nombre el que conforma la personalidad de quien lo lleva. Tan importantes son los nombres. Estoy ansioso por saber el nombre de ella. Necesito saberlo, ponerle la etiqueta, su denominación de origen. De momento hago conjeturas sobre la cuestión: Elia, Beatriz, o tal vez Elisabet; nombres que me gustan para ella. Digo Elisabet, consciente del extranjerismo y es que, hay algo en su tono de voz que me llega

con una huella de acento, como si no hubiera nacido en España y los años vividos aquí hubiesen limado los vestigios de otro idioma. No sé, no sé, posiblemente sean imaginaciones mías.

Ella es rubia, de ese tono sin nombre que me fascina; es alta, sin serlo excesivamente, y su silueta modela unas curvas femeninas, a pesar de las amplias prendas deportivas que viste, siempre en tonos claros o blancos. Me llaman la atención sus manos que mueve al hablar con la cadencia del vuelo de paloma. Trato de fijarme en su boca, cuando me atrevo a mirar de frente, no me parecen sensuales los labios, perfectos en el trazo, sí, es posible que a sus veinte años los tuviera más llenos.

Es curioso que ese detalle me haya llevado al recuerdo de mi madre, bella, de una forma distinta a la belleza de esta mujer a quien no miro según la edad que pueda tener y, sin embargo, ahora pienso en eso...

Patricio, su esposo (he visto sus alianzas, de un oro opaco, en sus manos), es moreno, de pelo abundante, y carente de cabellos canos, extraña, y hace pensar que pudiera ser un lujo ficticio, por su edad. ¿Y si ella le tiñe el cabello para acortar las evidentes distancias?

Todo es posible.

Me llama Luiso. Dice que se ha enamorado:

—¿De Alexandro? —pregunto

—¿De quién si no? —me contesta entre ofendido y alegre.

Supongo que será una relación tan corta como las anteriores habidas en su currículo.

¿Es promiscuo Luiso? Lo *pienso*. No le juzgo. Creo que cada cual puede hacer con su vida lo que quiera: una obviedad, un tópico, pero no por ello menos cierto.

Mi vida pasa por un *impasse* de tiempo en el que no me urge tener una nueva pareja: las experiencias que he acumulado me obligan a ser cauto. Ni Blanca, aquella primera novia de mi adolescencia, que me dejó la marca indeleble de la primera vez; tampoco Sonia, ni Mariola, la ultima, me hicieron pensar en una relación duradera. Tengo la sospecha de que no sé lo que es un amor auténtico toda-

vía. Y tengo la esperanza de que llegará y lo sabré reconocer para retenerlo.

Estoy pensando en la manera de entablar conversación con mis amigos del parque. Temo que se me escapen sin tener la oportunidad de conocerlos y saber algo de sus vidas, que parecen paralelas recorriendo el camino al unísono, ambos sobre las ruedas de una silla que limita muchas oportunidades.

Ella le admira, parece visible, pero ¿le amará?, ¿le habrá amado y queda la compasión?

¿Qué será, será?, dice la canción.

—•●•—

Había soltado su pelo, generalmente recogido de modo informal con una pinza de nácar, y el aire insistía, una y otra vez, en alborotar su melena cubriéndole los ojos. Leía un libro (no pude acercarme lo suficiente para saber de qué libro se trataba) y optó por quitarse las gafas (¡por fin!) para sujetar los mechones del cabello a modo de diadema, como he visto que suelen hacer muchas mujeres.

Sus ojos. Fingí necesitar espacio para estirar mis piernas cansadas y me acerqué cuanto pude al borde del banco. Los vi entonces: sus ojos.

Calculo que cuatro metros separan los dos bancos y desde esa distancia me era posible mirar con cierta precisión.

A veces, cuando esperamos algo con expectación, es fácil desilusionarse al comprobar que el objeto de nuestro interés no cumple con las expectativas que nos habíamos creado. No es el caso con ella, con sus ojos. Son almendrados, con una nota de asombro juvenil. Aún no sé si el sol confiere ese color dorado a los iris, me parecieron amarillos, como la miel de abeja, tampoco alcancé a ver si están moteados o es la sombra de sus pestañas. Así no los había imaginado: entre todos los colores que los supuse no se encontraba el amarillo. Siempre he asociado los ojos claros con los verdes y los azules, tal vez castaños claros, pero... ¿amarillos? No, nunca.

Solo me falta su nombre para dibujarla. No recuerdo haber conseguido tantos datos de ninguna otra persona que haya sometido a mi observación, algo que parece lógico teniendo en cuenta que tampoco nunca he seguido a nadie durante días.

Me he puesto un límite, tal vez, una semana más, para dirigir la palabra a la pareja extraña que, a estas alturas, me provoca una sensación un tanto familiar. Tanto más ahora que conozco la expresión que tienen sus ojos. Los de Patricio, oscuros, inteligentes; en ocasiones, cuando alguien se fija en él, un tanto esquivos, iniciando esa retirada tan voluntaria de los que sufren una minusvalía y sienten un complejo de inferioridad o, acaso, cierta envidia en presencia de los que parecen, a simple vista, cabales, completos, íntegros; como si el aspecto físico fuese determinante para ser más o menos.

Los de ella: claros, dorados, espléndidos, sorprendidos, inquietos, a punto de ser descarados; restando años, más aún, a la mujer de la que no sé su nombre.

Se fijó en mí. Hoy lo he advertido por primera vez, pero qué sé yo si ya me había mirado, viéndome, tras los cristales oscuros de sus gafas que, sin duda, evitan la herida de los rayos solares incendiando el amarillo.

Me pregunto cómo los captaría un pintor en el lienzo, qué dimensiones alcanzarían y si lograría plasmar ese juego infantil de su mirada. Me pregunto cómo mirarán de noche, cuando la luz dorada se convierta en plata. ¿Seguirán siendo amarillos entonces?

Sé mucho más de ella desde que pude mirar sus ojos, ese parece ser el primer paso en esa andadura hacia el conocimiento de otro.

Tengo en la memoria sus siluetas, con sus diferencias marcando un abismo; y los gestos que hablan de ellos y de su relación, íntima; retengo el sonido de sus voces, en los distintos tonos de una estima acostumbrada.

He captado en ella admiración y ternura, complacencia y una especie de agradecimiento que me hace intuir un largo tiempo sin pasión, a los rescoldos de un gran amor. Todo eso, y mucho más, me dicta la observación, a la que soy adicto.

La voz de Patricio, grave, varonil y profunda, que aún no ha sido tocada por la senectud en su sonoridad; una voz propia de un mentor acostumbrado a enseñar, un elemento poderoso en la constitución de una personalidad vigorosa, atrayente que, sin duda fue, y que conserva un rastro de seguridad en su avanzada edad.

Alcanzo a entrever, pocas aún, alguna de sus costumbres: comen pronto, se acercan diariamente al parque, después gustan de tomar el sol; en Patricio parece obedecer a una prescripción facultativa, en ella, puro placer. Y el gusto de la mujer por los libros, y el respeto de él, cuando lee, callando, por esa práctica que a mí me parece una recomendación del profesor.

Se aprende tanto observando... muchos se preguntarían qué gano con esto y es entonces, al pensarlo, cuando me desconcierto.

Me quiero engañar suponiendo que mi ávida mirada podría fructificar en escribir historias, o pintar cuadros cargados de sensibilidad.

Historias con elementos psicológicos capaces de justificar las vivencias de personajes auténticos. Cuadros con dimensiones inal-

canzables en los que el ensayo del color, por si mismo, superase al espectro de la luz.

Quiero convencerme de que soy un observador estudioso de la personalidad humana con fines artísticos, de hecho busco en la pintura algo más allá de lo que se ve a simple vista, busco el origen de la idea que tuvo el autor e interpreto su obra a mi capricho, aportando nueva vida a lo que miro. Pero... aún así, afloran en mí las huellas de una mala conciencia, consciente de ser un mirón que, probablemente, nunca escriba ni dibuje lo que contemplo, porque sean solo excusas para disimular el placer que me produce mirar. Y los sueños me desvelan un inconsciente donde me permito, sin voluntad, follar con las mujeres que han provocado mi interés en un cuarto oscuro de la conciencia donde no aparecen los hombres a los que he seguido, guiado por la intuición de que me conducirán a ellas para inmiscuirme en su intimidad, fantasear y adueñarme de sus cuerpos, de sus vidas y sus circunstancias.

Pero, ¿qué somos en realidad: lo que hacemos, lo que pensamos o lo que esconden los sueños que no nos pertenecen?, ¿acaso no es la voluntad la que define los actos que nos representan?

Probablemente un psicólogo identificaría una crisis de doble personalidad en mi estado actual, pero quiénes no experimentamos contradicciones.

La posibilidad de hacer terapia la tengo descartada, trato de convencerme de que soy un buen hombre, absolutamente normal en las relaciones de pareja, cuando he tenido compañera. Un individuo con un gran sentido autocrítico, excluyendo una manía inofensiva, como tantas otras que surgen de la condición humana, algunas de ellas altamente nocivas y destructivas, lo cual no es mi caso en absoluto.

No, no es mi caso.

Mañana, en el parque, cuando esté junto a ellos, les hablaré.

—•●•—

—¡Hola! ¿Qué tal? —digo controlando mi respiración agitada, después de la carrera.

—Hola —susurra ella levantando los ojos del libro.

Él asiente y ensaya una sonrisa.

—Parece que tenemos otro día de sol espectacular —insisto con la intención de no romper el hilo.

—Muy saludable su costumbre, joven —comenta Patricio.

—¡Oh, sí! No puedo dejar de hacerlo, es un hábito. —Intento restarle importancia por consideración a su situación.

—Ella también corre, ¿verdad, Ella?

¿Ella?, ¿acaso su nombre es Ella? Me sorprendo. Se debe notar mi sorpresa.

—¿Ella? —pregunto.

—Así es, me llamo Ella. Se escribe El la ¿No conoce el nombre? No se preocupe, estoy acostumbrada.

—Perdone. Es un nombre realmente original.

—Fue idea de mi padre. Decía que era como personalizar el femenino en su hija.

—Alonso —digo acercándome a su banco.

—Mi esposo, Patricio —le señala con un vuelo de su mano.

No había mucho más que decir: somos unos extraños que llevan días viéndose en un parque, algo absolutamente corriente que no siempre se presta a dialogar. Suelen surgir conversaciones intranscendentes en estos casos, sin mencionar los nombres de pila de cada cual.

Me excuso y me retiro a mi banco para seguir con mi rutina. Sonreímos los tres. Un primer paso para mí; para ellos, una cortesía.

El camino de regreso a casa lo hago tratando de adaptarme mentalmente a su nombre: Ella, ella se llama Ella.

No esperaba nada tan fuera de lo común. Es un nombre anterior a sí mismo. La primera mujer sobre la Tierra fue Ella. Eva es un cuento.

Ahora sí, ahora comienza la historia. Bastaría con cambiar la hora de mi llegada al parque o la dirección del recorrido para convertirlos en un simple recuerdo destinado a borrarse, pero ya no puedo prescindir de la curiosidad que ha ido en aumento durante estos veinte días. Y

no me conformaré con mirar, ya no. Pretendo intervenir en sus vidas, ocupar un hueco, por insignificante que sea, en sus pensamientos.

Lo probable es que hablen de mí esporádicamente como de ese joven del parque, el corredor, el deportista, sí, ese muchacho tan simpático. ¿Les pareceré simpático o por el contrario un entrometido?, ¿y si deciden cambiar de banco para no verse expuestos a este interés absurdo que no viene al caso?

He tenido un día agotador: Luiso no ha aparecido por la galería hasta bien entrada la tarde. Intenté echárselo en cara pero con él es imposible discutir: inventa mil razones que parecen convincentes para justificar sus faltas. Esta vez la razón se llama Alexandro y si una fuerza mayor (llámese Dios) no lo remedia tendremos rollo para rato.

Me dice el socio que tienen un proyecto ventajoso para la galería. Me habla de destinar la sala pequeña, de modo permanente, a la obra del fotógrafo y ese plan me aterra.

—Un plan que promete —me dice—. Tendremos asegurado el alquiler de la sala, ¿no es una excelente idea?

—No, no lo es, Luiso, porque es tu rollo lo que te importa; sabes que te conozco.

—Dime que lo pensarás. Dime que sí —me pedía.

Pero es tarde y estoy cansado. Intento dormir y no puedo. Hace calor, la calefacción está fuerte, ¿Quién coño le habrá dicho al conserje que encienda la caldera con este tiempo? Mañana hablo con él y con el vecino del quinto que es el presidente, faltaría más.

El calor, el plan de Luiso que no deja de ser eso, un plan. Ella, su nombre...

Es espectacular. La personalidad es más importante que la juventud, pienso. Una mujer como Ella puede competir con las de treinta, competir y ganar; ¡vaya que si!

Patricio y Ella. ¿Qué habrá visto en él? Tengo que averiguarlo.

¡Qué sueño!

¿Sueño o estoy pensando?

—•●•—

No hay nada como dar un primer paso para iniciar un camino nuevo.

Hoy ha sido Patricio quien se ha dirigido a mí:

—Yo a sus años fui atleta: salto de longitud. Era una pasión, llegué a participar en grandes campeonatos, y ya ve ahora como me encuentro —me decía cuando llegué a su altura después de la última vuelta.

—¿Un accidente? Supongo.

—Un accidente de la edad, joven, ¿cómo dijo que se llama?

—Alonso, se llama Alonso —intervino Ella. Y me gustó comprobar que retenía mi nombre en su memoria.

—Mire hijo, a mi edad puede ocurrir cualquier cosa que amenace la salud. Sí, un accidente cardiovascular y, según mi doctor, tengo que estarle agradecido a la vida por conservar mis facultades psíquicas e intelectuales. Ya ve, Alonso; y fui atleta, ya le digo.

—Lo siento mucho, Patricio. Debe ser duro, me hago cargo.

—No se preocupe, lo llevamos bien, ¿verdad, cariño? Dijo entonces ella sonriéndole.

Y le envidié al viejo, así de pronto: un sentimiento espontáneo. Sin embargo, pasó por mi mente una sombra de duda para la que no tengo ninguna base de conocimiento: ¿sería Ella sincera?, ¿le ama como parece demostrar con su atención y sus palabras?, o ¿es solo misericordia por el hombre en que se ha convertido su esposo? ¿Y si fuese interés? Sé de casos en los que se finge afecto para ocultar la ambición y conseguir bienes o herencias; qué puedo saber yo.

Qué sé yo. Son pensamientos inevitables ante la situación de ellos. Cuestiones que no debieran ocuparme más de un minuto después de verlos en el parque, de verlos sin mirarlos, sin querer saber. ¿Qué pueden importarme a mí sus vidas? Son unos extraños, unos vecinos del barrio donde vivo que acuden a tomar el sol al parque donde hago footing.

La razón funciona en mí perfectamente, pero está ese otro mundo que nos constituye sin que ni siquiera formemos parte de él conscientemente.

¡Qué complicados somos! Siempre me he preguntado cuáles son, y de qué clase, las sensaciones que puedan tener los animales.

Prescindí de los estiramientos, que hasta hoy me han servido para pretextar mi presencia junto a ellos, y me mantuve allí de pie, en su banco.

El título del libro que Ella está leyendo es: *Stoner,* no conozco al autor. Lo había cerrado y reposaba sobre sus rodillas cuando empezamos a hablar. Se quitó las gafas y tuve la sensación entonces de que era un gesto de coquetería para exhibirse en toda su belleza. Por cierto: esto del concepto de belleza es absolutamente subjetivo. No puedo saber qué efectos producirá en otros esta mujer, tal vez muchos pasen de largo sin mirarla dos veces. Muchas mujeres, a su edad, empiezan a quejarse de parecer invisibles a los ojos de los hombres. Pero estoy seguro de que muchos, como yo, verán en Ella una mujer exquisita, cuya mirada puede provocar deseo, inquietud o paz, pero nunca indiferencia.

Me fijé: tiene una pequeña cicatriz junto a los labios; una muesca que le confiere cierta gracia. Se me antoja que es la marca, la seña de exclusividad, ¡qué tontería!

Lleva ropa de marca: el polo de *Nike*, las deportivas *Kappa*.

Patricio viste, a pesar de sus limitaciones, con la clase propia de los señores cuya elegancia, también en el sport, les es innata. Los zapatos relucientes destacan demasiado para unos pies que no los darán utilidad. Seguirán siendo nuevos hasta el día de su muerte. Siempre he detestado el brillo ostentoso de los zapatos caros cuando son nuevos, he deseado que se formen esas pequeñas arrugas en el cuero producidas por los gestos propios del caminar: una manía, otra entre muchas.

Entre las banalidades que comentamos, propias de las conversaciones casuales entre desconocidos, pude saber que viven a dos manzanas de mi propia casa, en una calle paralela a la mía. Nuestra zona: Ríos Rosas, próxima a los Nuevos Ministerios del Paseo de la Castellana madrileño, reúne una población de familias que pertenecen a una clase media acomodada en su mayoría, en la que, generalmente, no abundan los pisos habitados por jóvenes, por la sencilla razón de que los precios del suelo son elevados. Yo, personalmente, tengo la suerte de tener en propiedad la casa familiar, donada por mis padres que, una vez jubilados, se han trasladado a vivir a un chalet, donde el

contacto con la naturaleza les permite tener una vida relajada en una urbanización donde tienen amigos de muchos años atrás con los que se reúnen para jugar a la canasta y celebrar cenas envidiables: un lujo que se han merecido con su trabajo: mi padre, asesor financiero y mi madre, profesora de Lengua en la Enseñanza media.

Patricio, efectivamente, profesor de arte en la universidad, como yo había supuesto, y Ella, licenciada en Bellas Artes, no parece que haya desarrollado una actividad laboral al respecto; al menos no lo mencionó. Pienso que fue alumna de él, que la enamoró durante sus años de facultad y que se casó con él sin darle tiempo a trabajar. Pudiera ser así.

Me intriga saber si tienen hijos en común. Sé de una hija de Patricio, de la que han hablado entre ellos. No sé más; por ahora.

La suerte está de mi lado y se pone a mi servicio en este afán por conocerles; digo esto porque el hecho de que ambos pertenezcan al mundo de las artes facilita enormemente nuestra conexión por mis conocimientos profesionales, afines a los suyos.

—Qué casualidad —les decía—: yo tengo una galería de arte, me muevo en ese mundo de creadores; es mi trabajo.

—Excelente, Alonso. Sí, sí es una casualidad; parece que tenemos mucho en común: aficiones deportivas y gustos artísticos. ¿Verdad, Ella?

—Creo que si nos relacionásemos más con nuestros vecinos, como hacen en las pequeñas ciudades, descubriríamos muchas afinidades entre nosotros. No es casualidad, querido.

—Tiene razón —le digo maravillado de su disposición para tratarnos—. Soy de la opinión de que no aporta ningún beneficio mostrarse distante con otras personas: ser amable e interesarse por los que nos rodean hacen que la vida sea más agradable.

—Eso es algo poco común. ¿Querrá usted creer que he perdido amigos desde que quedé inválido? Parece increíble pero así es. En un principio traté de comprender: es difícil mostrarse como si no hubiese pasado nada, no se encuentran las palabras oportunas, se teme molestar; ser compasivo o no hacer referencia al infortunio, es un dilema. Después pasa el tiempo y echas realmente en falta a esos amigos con los que solías compartir tantas cosas...

—Bueno, bueno, Patricio que no son tantos, aún nos quedan amigos, los mejores —intervenía ella.

—No insistiré —reiteraba el hombre pero, querida, los que parecían ser los mejores resultaron no serlo.

—Vaya, lo siento —dije un tanto apesadumbrado—, la vida da muchas sorpresas.

Me despedí después y me pareció que dejaba allí a unos amigos.

Alucino del grado de intimidad que mostró la pareja conmigo, un desconocido.

Trato de entender: están solos, necesitan comunicarse; han aprovechado mi cercanía y mi actitud.

Me parece que los progresos los hacen ellos y no sé si eso será causa de que aminore mi interés por su historia. Esa exhibición de sentimientos que ha mostrado Patricio, tan fácilmente, cambia radicalmente los roles: yo soy el que observa y encaja las piezas, si muestran sus cartas, la cosa pierde su encanto.

Es una contradicción porque, en el fondo me alegro porque cualquier forma deseo saber más.

Mi madre ha dicho muchas veces que soy un cotilla, ya desde niño.

Tal vez sea solo eso. ¡Mejor! Nada que ver si es así, simplemente, con mi sospecha.

Reforzaré esta idea: No soy un *voyeur*, ¡qué alivio! Soy un cotilla.

—•●•—

Días de mucho víspera de nada, solía decir mi abuela materna que murió el año pasado con una lucidez asombrosa a sus noventa años. Era una mujer sabia que nunca estudió porque en su época las hijas eran criadas, que no educadas, para ser amas de casa; sin embargo, mi abuela Dora tenía una cultura popular digna de tener en cuenta. Me acuerdo de ella con frecuencia y me vienen a la memoria los refranes en los que ella se apoyaba para sentenciar o aconsejar, según el caso.

Días de mucho víspera de nada: así ha ocurrido hoy en el parque: ellos me han saludado pero no han mostrado intención de conversar. Hablaban entre los dos, me pareció que en un tono de voz más bajo que el acostumbrado, cuando no sabían de mi disposición a relacionarme. Es como si las confidencias, excesivas para un extraño, de Patricio hubieran sido sopesadas por él mismo o por Ella, que se había mostrado más prudente, y tratasen de retroceder en esa familiaridad espontánea con la que charlábamos ayer.

Respeté su reserva, lógicamente, y al mismo tiempo que me contrariaba el cambio que se operaba en su conducta respecto a mí, contradictoriamente, me servía de acicate para estimular mi curiosidad: hoy representan el máximo interés para mí.

—Hasta mañana Patricio, Ella —me despedí después de recuperarme.

—Adiós, adiós. —Solo eso.

Habrán olvidado mi nombre. No, no lo creo. Está claro que se trata de no seguir intimando.

Seguro que piensan que ya sé de ellos lo suficiente; lo que no saben es que tengo intención de conocer más, todo. Todo lo que me sea posible.

Esta mañana he recordado mi sueño. Sé que soñamos siempre que dormimos y que no siempre lo recordamos, es más: sólo recordamos las imágenes que surgen en la mente segundos antes de despertar, la última secuencia onírica.

Para ser claro y escueto, diría que esa última secuencia de anoche no era sino que el Kamasutra en todos sus capítulos. La pareja la formábamos Ella y yo.

Me lo temía: Patricio me importa un pimiento, él, su minusvalía y sus miserias. Me gusta ella., Ha sido un sueño placentero hacer el amor con Ella.

Aún, ahora, mientras desayuno, conservo algo muy parecido a esa sensación de plenitud que me invade cuando lo hago con una mujer que me gusta. Y al contrario que en esas ocasiones, lejos de ser un acto saldado, hasta más ver, me mantiene en una excitación que me hace desearla...

Ducha fría, traje de algodón gris, camisa morada y corbata del mismo color: rápido, rápido, a la galería: tengo trabajo pendiente.

He llegado tarde. Me he retrasado comiendo con un cliente y cuando yo entraba en el parque, ellos se iban:

—Hoy se retrasa usted —dice el hombre sonriente.

—Sí, el trabajo, no siempre se puede. Hasta mañana —digo.

Y Ella sonríe al tiempo que admiro su silueta, hoy con unos vaqueros ajustados, sin gafas (el día está nublado). Y una evocación nocturna y placentera me invade y me turba.

Me trago los kilómetros a un ritmo más acelerado que de costumbre. Pongo la mente al servicio de la velocidad de mis piernas y me digo; me repito ahora, que tengo una obsesión duradera y me lamento por eso, y creo que sería bueno que este mes de mayo, que hoy comienza, fuese ya pleno verano y que ellos desaparecieran al lugar que tengan de vacaciones; yo me dispongo a viajar a Ibiza, lo tengo planeado con mi amigo Víctor (soltero empedernido), y este sinsentido acabaría evaporándose en los calores de agosto.

Pero no, aún quedan tres meses para que eso llegue, y ¿quién me dice a mí que Ella y su marido veranean en agosto?, ¿y si se marchan fuera de España a donde quiera que pudo nacer ella y tardan en volver medio año?, ¿y si muere Patricio? Bueno, en ese caso ella vendría a correr al parque y correríamos juntos, eso estaría bien...